



ESPECIAL JÓVENES



¿QUÉ SIGNIFICA CREER?

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 19, 10 de febrero de 2013

¿Qué significa hoy la profesión de fe cristiana: «**Creo**», habida cuenta de nuestra actual actitud hacia lo real en general? Nos referimos al «**credo apostólico**» que, por su propio origen, quiere ser «**introducción al cristianismo**» y recapitulación de sus contenidos esenciales. Este texto comienza sintomáticamente con la palabra: «**Creo...**».

Queremos pues reflexionar sobre cuál es la actitud a la que se alude cuando la existencia cristiana se expresa ante todo en el verbo **creo**, determinando así el núcleo de lo cristiano como una «**fe**». Solemos presuponer que «religión» y «fe» son lo mismo y que, por consiguiente, toda religión puede ser caracterizada también como «fe». Pero eso solo es cierto en limitada medida;

El Antiguo Testamento, no se describe a sí mismo con el concepto de «fe», sino con el de «ley». En primer lugar es un ordenamiento de vida, en el que el acto de la fe va adquiriendo creciente importancia. Por su parte, la religiosidad romana entendió por religión primordialmente el cumplimiento de determinadas formas y costumbres rituales. **Para ella, realizar un acto de fe en lo sobrenatural no es decisivo**; dicho acto de fe incluso puede estar por completo ausente sin que uno sea por ello infiel a esta religión. **Puesto que se trata, en esencia, de un sistema de ritos**, lo verdaderamente decisivo es la escrupulosa observancia de estos. Este hilo podríamos seguirlo a través de toda la historia de las religiones.

Pero baste con esta alusión para ilustrar que aunque ser cristiano es algo muy amplio, profundo y vivencial, como consideramos después, la palabra **creo** caracteriza **la forma de posicionarse ante lo real por medio de la actitud de fe**. Sin embargo nuestra pregunta es: **¿a qué actitud se alude en realidad con esta palabra?**

Interiorizar, en el propio yo, la fórmula del Credo, «**Creo**», ha sido siempre una tarea fascinante. Y todo ello, simplemente porque entre Dios y el ser humano se abre un abismo infinito, porque el ser humano ha sido creado de tal modo que sus ojos humanos sólo tienen capacidad de ver lo que Dios no es, aunque sí pueda admirar sus obras, de suerte que Dios es y siempre será aquel que se encuentra fuera del campo visual físico humano. **Dios es esencialmente invisible**: esta afirmación básica de la fe bíblica en Dios, es al mismo tiempo o, mejor dicho, ante todo una afirmación sobre el ser humano: el hombre es el ser dotado de visión que parece delimitar el ámbito de su existencia en función **de su campo visual y de agarre**; no, Dios es aquel que se encuentra *esencialmente* fuera de nuestro campo visual físico, por mucho que éste se dilate.

Ya tenemos un primer esbozo **de la actitud** a la que alude la palabra **creo**. Esta palabra significa que el ser humano no considera **que ver, oír y agarrar** agoten la totalidad de lo que a él concierne, que no estima que el ámbito de su mundo **quede delimitado solo con lo que él puede ver y agarrar**. Antes bien, el ser humano busca una segunda forma de acceso a lo real, a la que llama justamente «**fe**» y en la que encuentra incluso la apertura decisiva de su visión del mundo. Pero si esto es así, la palabra **creo** entraña **una opción fundamental** respecto a la realidad en cuanto tal; no designa la constatación de esto o aquello, sino una forma fundamental de relacionarse con el ser, con la existencia, con lo propio y con la totalidad de lo real.



La palabra **creo** denota la opción de que lo no visible, lo que de ningún modo puede ingresar en el campo visual, **no es lo no real; lo que no se ve constituye lo auténticamente real, lo que sostiene y posibilita el resto de lo real**. Y supone que esto que posibilita la realidad sea asimismo lo que concede al hombre **existencia verdaderamente humana**, lo que lo hace posible en cuanto hombre y en cuanto ente que existe humanamente. O dicho de otra forma: **la fe es la decisión por la que afirmamos que en lo más íntimo de la existencia humana hay un punto que no puede ser alimentado ni sostenido por lo visible y asible, sino que linda de tal modo con lo no visible que esto último deviene tangible para el hombre y se revela como algo necesario para su existencia. «La fe es la certeza de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve» (Heb 11, 1).**

Tal actitud solo puede alcanzarse a través de la «**conversión**». La inercia natural del ser humano le impulsa a lo visible. Debe darse interiormente la vuelta, a fin de caer en la cuenta **de hasta qué punto descuida su verdadero ser** dejándose arrastrar por esa tendencia natural y percatarse de **cuán ciego sería si solo confiara en lo que ven sus ojos. Sin este cambio de existencia, sin contrariar la inercia natural, no es posible la fe**. En efecto, la fe es la conversión mediante la cual la persona **descubre** que, entregándose por completo a lo asible, no hace sino **perseguir una ilusión**. Esta es al mismo tiempo la razón más profunda de por qué la fe no puede ser demostrada: se trata de un cambio del ser, **y solo quien cambia la acoge**. Y puesto que nuestra inercia no cesa de empujarnos en otra dirección, la fe es un cambio que hay que llevar a cabo a diario; y únicamente en una conversión que dure toda la vida podemos cobrar conciencia de qué significa decir: «**Creo**».

La fe denota por definición un salto sobre un abismo infinito, y en concreto desde el mundo de lo asible que se impone al ser humano, le es inherente algo de ruptura, de salto aventurero, porque en todo momento representa el riesgo **de aceptar lo invisible por antonomasia como lo verdaderamente real, como el auténtico fundamento**; se trata por naturaleza de una decisión que afecta a la profundidad de la existencia, de una decisión que exige de continuo a la persona darse la vuelta; y eso es algo **que sólo se puede alcanzar por medio de una firme resolución. (Benedicto XVI Fe y ciencia).**